

Balada para vampiros sibaritas
Sólo los amantes sobreviven,
de Jim Jarmusch

Verónica Bujeiro



A CONTRACORRIENTE DE LA CINEMATOGRAFÍA norteamericana, el director Jim Jarmusch ha cimentado, a lo largo de treinta años, una filmografía cuya constante es un retrato personal del tedio, esa extendida sensación en el panorama real de la cotidianidad norteamericana y de la cual artistas como el pintor Edward Hopper revelaron su trama escondida tras la aparente bonanza y el ritmo incesante de un modelo ideal de vida.

Tanto Jarmusch como Hopper guardan en común haber asumido desde temprana edad un exilio en su propia tierra, tan sólo para adquirir una posición privilegiada primero como observadores y más tarde como retratistas de la condición humana. Jarmusch “le explica América a los aliens, porque él mismo es uno de ellos”, dice atinadamente la actriz Tilda Swinton al respecto.

Ya desde sus primeros trabajos, como el *road movie* peatonal de *Permanent Vacation* (1980), o el aburrimiento gélido de un encuentro entre familiares en *Stranger than Paradise* (1984), el canoso director demostró una destreza insólita en el campo de la inacción para la imagen en movimiento, destreza con la que sellaría una firma de cine de autor. Como buen cinéfilo, Jarmusch ha adoptado los géneros cinematográficos del western (*Dead Man*, 1995), el escape de prisión (*Down by law*, 1986), la teoría de la conspiración (*The limits of control*, 2009) y hasta el de los samuráis (*Ghost Dog*, 1999) para cifrar una poética que se expresa mediante los peculiares rasgos y dilemas de sus personajes, a quienes la adversidad afecta, más que en un sentido práctico, en el terreno del cuestionamiento moral y existencial.

Only lovers left alive (2013) —traducida con insólito respeto en nuestro país como *Sólo los amantes sobreviven*— es el último filme de Jarmusch en donde indaga en un género manoseado y maquilado por la industria: el de los vampiros, esos cadáveres vivientes que, más allá del glamour y el atractivo sobrehumano que Hollywood tanto se ha empeñado en manufacturar, poseen la cotidiana adversidad de sobreponerse al colosal tedio de vivir por los siglos de los siglos. Un tema que sin duda atrajo las obsesiones conocidas del director y con

el cual ensaya una más de sus inadvertidas reflexiones sobre el mundo contemporáneo.

En *Only lovers left alive*, Jarmusch utiliza una vez más el recurso musical como vehículo. Así, descendemos en el lánguido universo de los personajes utilizando una pista sonora cargada de psicodelia y tintes arábigos (ejecutada por la misma banda del director, SQÜRL, y el laudista Jozef van Wissem) que bien parece apelar al pulso interno de estas criaturas, quizá para adecuarnos al compás de su añeja y cansina rutina.

El filme cuenta la historia de Adam y Eve, una pareja de amantes ancestrales que viven una cómoda relación a distancia entre las ciudades de Tánger y Detroit. El director nos coloca ante el impasible pulso de las escenas cotidianas de estos seres sobrenaturales, adjudicándoles tareas tan monótonas como conseguir aquel elixir vital que los sostiene, no ya por el medio de la víctima, sino con la compra directa en hospitales “de moral distraída”, donde pueden proveerse de un material de primera clase que los mantiene alejados de las plagas adversas que cohabitan la sangre humana hoy día.

Eva, una Tilda Swinton grácil y cuasi fugada del pincel de Remedios Varo, vive en el Oriente Medio bajo el hedonismo de la lectura y fiel a los pasos del mismísimo Christopher Marlowe (John Hurt), el escritor inglés vivo gracias a la conversión vampírica, pero todavía condenado a la sombra de su aparente plagario, un tal William Shakespeare, a quien la muerte parece haberle hecho mejor justicia. Adam, interpretado por Tom Hiddleston, un actor habituado a los personajes de franquicia y que aquí encarna al personaje típico del director: el Buster Keaton suicida, habita un Detroit desolado, compone música para soliviantar el peso de su existencia, a la vez que considera seriamente acabar con el privilegio de la inmortalidad, pues expresa un creciente hartazgo por la convivencia con los zombis, esos otros muertos vivos que nunca irrumpen violentamente para acompañar el filme; por tanto, se trata de un comentario irónico hacia nosotros, la especie humana.

Incapaces de reflejarse en cualquier superficie, se entiende que Eve y Adam se tienen el uno al otro para realizar esta función y eventualmente se reúnen tan sólo para mostrarnos los mecanismos de rutina a los que la pareja se ha adecuado a través de los siglos. Lejos de mostrar la consabida lubricidad exuberante de su especie, Jarmusch prefiere tejer entre ellos un vínculo amoroso de fibras más profundas y verdaderas, sostenido en el entretenimiento mutuo que este par de sibaritas alimenta por medio de un humor culterano y la expresión de un permanente asombro por las obras del hombre y la naturaleza, un estímulo que parece funcionarles a manera de ajo o crucifijo invertido contra el hastío ante esa permanencia eterna que se balancea con el placer tradicional del vampiro por el consumo del elixir bermejo, en donde el director nos presenta más que la sesión acostumbrada de colmillos contra la carne, la ingestión de una droga que los eleva fuera de este mundo, un soplo de vida opiáceo y divino.

Y entre rutinas, la pareja no podía obviarse a una de las favoritas del director: el viaje de distancia corta por una Norteamérica desolada. En este caso, el paseo por la ruina contemporánea de la ciudad de Detroit no se abandona al juicio de la vista y nos ofrece un recorrido comentado por los mismos vampiros, quienes fascinados por la gallardía sombría de la decadencia opinan sobre aquello que atestiguan con el saber y la crítica de aquel que ha visto levantarse y caer varios imperios, como quien transita físicamente por las ruinas de un recuerdo. Más que predadores, Jarmusch elige la figura del vampiro en su calidad de testigo, espectador de la decadencia y la corrupción humana, una historia por demás monótona y que no cesa de repetir mecánicamente su misma trama.

Como dobles de él mismo, Jarmusch siempre ha tomado al forastero (real, como en el caso de *Dead Man*, o existenciales como el don Juan de *Broken Flowers*) para expresar su opinión descarnada sobre el sinsentido feroz que arrasa a la existencia. Sus personajes, como el samurái negro de *Ghost Dog*, parecen estar siempre por encima del pantano. No se manchan, no participan,



Sólo los amantes sobreviven
 Dirección de Jim Jarmusch
 Reino Unido-Alemania, 2013
 123 minutos.

acaso como autores intelectuales u observadores juiciosos. La experiencia les ha dado un sentido de la moral más alto, una posición desde donde señalar el lugar en que comenzó el incendio. Aún entre estas criaturas sobrenaturales, el director pone como contrapunto a la joven y banal hermana de Eve, Ava (Mia Wasikowska), quien llega a alterar un poco el ambiente sin lograr agitar del todo el necio curso del destino.

En toda película del canoso nativo de Ohio en realidad no pasa gran cosa, al menos en la manera en que nos tiene adiestrados el cine comercial. Sin embargo, hay una sensación distinta que nos queda al ver sus películas pues pese a su ritmo y temática, la sensación no es sombría, ni devastadora. El director parece expresar siempre un mensaje silente, una advertencia extraña, como la que contemplan los amantes sibaritas al final de la película: la esperanza sobrevive.

En el panorama de la inercia cinematográfica, Jim Jarmusch bien pudo pasar inadvertido, tal y como esos personajes solitarios de las viñetas de Hopper, y todo quizá por ostentar un optimismo por demás desconcertante. **AAA**